

Cicatriz del canto de Diego José “El intelecto enmudece cuando la emoción canta”

Guillermo Vega Zaragoza

Nadie puede llamarse poeta, aunque escriba cientos de poemas, si estos se quedan guardados en la gaveta del escritorio. Poeta es aquel que escribe y lo pone a consideración de su comunidad, que en realidad es la humanidad toda, pues la aspiración de todo escritor es que lo lea la mayor cantidad de personas, del presente y del futuro. Pero entonces, ¿cuándo sabemos que estamos ante un verdadero poeta? Lo primero es reconocerse y asumirse como tal. Este hecho implica una gran responsabilidad. Jaime Sabines afirmaba que el poeta es el condenado a vivir, el escribano a sueldo de la vida, a quien parece que le suceden las cosas por tener la obligación de escribirlas. Y el poeta sufre, ama, se angustia y se asombra de las cosas del mundo, porque su oficio es, simple y llanamente, vivir y escribir lo que vive.

Al poeta Diego José (Ciudad de México, 1973) lo conocí hace más de dos décadas, cuando debió tener 18 o 19 años y había publicado su primera *plaque*. Y por ello ya desde entonces era señalado como “el poeta”. Su juventud, su mirada clara y lánguida y su actitud despistada le quedaban muy bien a su imagen, pero lo importante era lo que escribía. En verdad era un poeta. Alguna vez coincidimos, platicamos y no nos volvimos a ver, aunque de cuando en cuando me enteraba de que se había acercado en Pachuca, que había ganado tal o cual premio y que seguían apareciendo sus libros. Hasta hace poco nos reencontramos y, la verdad sea dicha, no lo reconocí. Me sucedió como decía Oscar Wilde: “Discúlpeme, no le había reconocido, es que he cambiado mucho”. En realidad los dos hemos cambiado mucho, pero él, desde luego, para bien. Ha adquirido un semblante de joven patriarca,

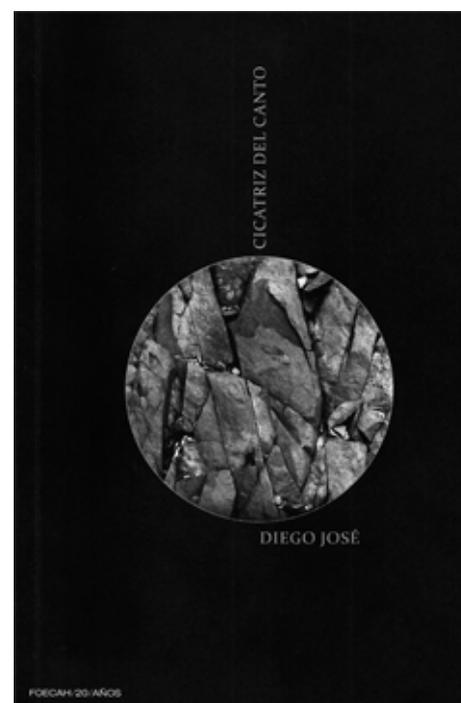
de imberbe sabiduría, que acompaña con su hablar pausado y elocuente, y su mirada serena y encendida (que parece oxímoron pero no lo es). Tanto ha cambiado que ha publicado varios libros de poesía, novelas y libros de ensayo, y ha ganado premios con nombres de grandes poetas como Carlos Pellicer, Efraín Huerta, Enriqueta Ochoa y Abigael Bohórquez.

Cicatriz del canto es su nuevo libro de poesía, el primero en siete años, que consta a su vez de siete secciones, como siete son los días de la semana o como siete son los años en que, se dice, se tardan las células de todo el cuerpo humano en renovarse. Es decir, cada siete años nos convertimos, literalmente, en otra persona. ¿Es Diego José otro poeta, un poeta diferente a aquel jovencito que conocí hace más de 20 años? Como diría Octavio Paz: sí y no. Sí, porque es evidente la evolución que ha tenido su oficio a lo largo de este tiempo. Ha aprendido a dominarlo y lo ha decantado hasta alcanzar una maestría notable. Y no, porque sigue fiel a sus preocupaciones y obsesiones primigenias, como señaló en una entrevista reciente: “Yo me defino como un poeta preocupado por trabajar a través del lenguaje siempre una condición emocional. Explorar el vínculo entre el cuerpo de las emociones y el lenguaje es primordialmente lo que busco explorar a través de la poesía”. Es decir, como todos los seres humanos, Diego José ha cambiado pero mantiene su esencia: es otro y el mismo, pero con una particularidad fundamental: es poeta.

Sin embargo, los poetas no somos tan diferentes al resto de los mortales. Para decirlo en palabras de Jaime Sabines: “La única diferencia entre el poeta y el hombre común es que el poeta está más des-

nudo, tiene un poco menos de piel que el resto de los hombres”. Así nos recibe Diego José en “Alba”, poema con el que inicia *Cicatriz del canto*: “Soy un poeta de carne y hueso / y mi palabra es carne y hueso”.

Diego José es un poeta que dialoga: dialoga con el poema y con el lector, y a través del poema interpela al lector y lo obliga a hacerse preguntas, a cuestionarse el estado de las cosas del mundo, a sí mismo, a la palabra misma: “Qué flor pausada, / qué mirlo profético / descubrirán que has vuelto para interrogarlos, / pero al igual que entonces, / la respuesta / hará vibrar tu entendimiento / con el envés de su espada: / el intelecto enmudece cuando la emoción canta”. Este último verso vale por todo el libro. Es definición y declaración de principios. La poesía, la verdadera poesía, no admite ser interpretada, medida o explicada. Si tratas de explicarla ya la jodiste. La poesía es lo que es. Paradójica-



mente, de todas las formas que el hombre tiene para acercarse o tratar de explicarse el mundo, la poesía es quizá la más exacta y precisa. La poesía es una ciencia exacta que no admite ser medida más que por sí misma. La poesía es la medida de la poesía, su única medida.

Dice Diego José: “La palabra es algo distinto a un asidero, / su anclaje no es atadura sino trayectoria, / perpetuación del rumbo / y salida del yo hacia los otros, / expectativa y acontecimiento”. Explicar cómo es posible que un avión vuele, analizar los planos del avión, saber la medida de sus alas, no explica el acto de volar. Lo mismo sucede con la poesía. Se puede saber que un determinado verso es endecasílabo o que se trata de versos pareados o encadenados, lo cual puede ayudar a comprender mejor la poesía, pero no puede explicarla, siempre y cuando estemos hablando de verdadera poesía, lo cual es en sí misma una redundancia, ya que sólo existe una sola poesía, ni buena ni mala, sino verdadera. Poesía es verdad.

Al leer los poemas de Diego José, me gusta esta imagen de trabajo del poeta: recorre caminos buscando palabras como piedras, que frota unas con otras para sacar chispas y crear la luz y el fuego. A veces las palabras-piedras que chocan entre sí se

desmoronan, no soportan la fricción y se desmoronan: una roca es más fuerte que un terrón y lo destruye. Así sucede con las palabras en un verso: todas las palabras de un poema deben ser sólidas, macizas, para soportar el choque entre unas y otras, sacar chispas e iniciar el fuego que calienta el corazón de los hombres. Nada más y nada menos es el trabajo del poeta, que antes que nada debe realizar su trabajo con humildad: “Arroja tu vanidad entre los espinos, / hazla quemar en un fuego de rosas, / que nunca más retoñe / su pincho envenenado, / que no halle tierra su raíz / ni medio día su arboleda, / arroja tu vanidad a los cuervos: / nada tuyo te pertenece, / ni siquiera lo que has amado / y tan devotamente construiste. / Sé discreto como la hierba / —*humilla tu vanidad te lo digo* / despierta con el día, / trabaja”.

Me preguntaba líneas arriba si Diego José es hoy otro poeta diferente al que conocí. Desde luego que sí, pero no sólo es otro y el mismo, sino que es mejor. Es mejor no sólo por lo que escribe, sino por lo que nos hace cuando leemos lo que escribe. Una vez le pregunté en una entrevista a Jaime Sabines: ¿la poesía nos hace mejores? Y me respondió que sí, que “fundamentalmente si uno toma en serio la poesía, debe de ser un momento en que el

hombre se supera a sí mismo. El momento poético es un momento de lucidez tremenda, en que el hombre crece, se entrega a los demás de una manera total y uniforme. Yo sí creo que el momento poético es un momento de servicio para el hombre, para los demás, desde luego, por lo que uno escribe, pero fundamentalmente el hombre crece, se limpia, se hace mejor”.

Para el poeta, publicar un libro significa también quitarse un lastre de encima y por ello tiene que pagar un precio, pues cada vez que alguien lee la obra de un poeta, este se convierte en un ser ultrajado, fracturado, atropellado, constantemente violado en su obra, porque cada persona la interpreta de manera diferente y le dice cosas de manera distinta. Ante esto, al poeta sólo le queda agradecer que alguien haya estado dispuesto a invertir, gastar o perder unos minutos de su vida leyéndolo. Sí, pero en el caso de Diego José y de su libro *Cicatriz del canto*, es evidente que el lector sale ganando luego de leerlo, pues es inevitable la sensación de que al gozar sus páginas hemos crecido, hemos limpiado el alma y cada quien a su manera, con suerte, ha mejorado un poco. **U**

Diego José, *Cicatriz del canto*, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo, Pachuca, 2014, 79 pp.



Diego José